

Oid una frase del autor de *La muerte en los labios*:

«El caciquismo ha atado con correas crueles el alma española, y así, incapaz de movimiento, se la ha entregado a los cómitres de la plebe. A los amos de la muchedumbre... Entre éstos y aquél, han asesinado al espíritu español...»

D. Francisco Silvela se me aparece ahora con su noble rostro, fulgurante de espiritualidad. Él fué el primer diputado español que combatió las ideas de la Internacional en aquella Cámara desorientada de los días revolucionarios. Llegaban entonces a Madrid, por modo esporádico, las propagandas perturbadoras. Verificábanse aquí reuniones en las que lo trágico y lo risible se combinaban... Y D. Francisco, con la sutilidad de su ingenio burlesco, me las refería largos años más tarde... Fué cuando un carbonero del Avapiés dijo en un meeting, celebrado en el Paraninfo de San Isidro: «Todos debemos ser iguales, menos los ricos, porque esos han de perder sus fortunas, y estar sometidos a nosotros...»

Y un oyente, gritó: «El rico y el cura han de ser nuestros esclavos.»

Una mujer que asistía al meeting, dijo: «Yo pido un párroco para que saque de paseo a los chicos...»

Eran los albores del bolcheviquismo. Si no lo inventamos en España, a lo menos le dimos formas cómicas y pintorescas.

Silvela, comentando esas escenas, exclamaba: «Acaso la humanidad haya de pasar por tales pruebas; pero, entre tanto, se yo de un cacique que en